

¡Cherchez la femme!

Verónica M. Capellino Rando

- ***E**n lugar de nacer con un pan debajo del brazo, como todo el mundo, nosotros nacimos con una costeleta debajo del brazo* -ironizó René aquel mediodía.

Aunque el comentario venía de la-luz-de-sus-ojos, Mamá Zulema no se inmutó ni se tomó la molestia de contestarle. Apenas sonrió. Por toda la casa se desparramaba, impiadoso, el olor de sus infaltables costeletas diarias: costeletas con arroz, con tomates, con ensalada de achicoria, con puré de papas, con papas fritas, con fideos a la crema y, última receta: con choclo desgranado y salsa blanca, que nos gustó al principio, pero que ya nos tenía hartos.

Mamá Zulema cocinaba mientras hacía otras cosas: cortaba con habilidad el cuero comprado en “Meiner”, para imitar a la perfección una cartera que había visto en la vidriera de la única boutique del pueblo (varias siestas de sigilosa copia para que no se le enfureciera la turca Kura, que le conocía la costumbre de robarle los diseños traídos de Buenos Aires), o pintaba de negro viejos platos, teteras y azucareras, para luego pegarles papelitos de colores cortados de revistas. Después los ponía, como adorno, en repisas altas porque, según ella, desde abajo no se veía su rusticidad y provocaban lo que dio en llamar un “*efecto carnaval*” que alegraba los sentidos y simbolizaba el triunfo de la alegría sobre la tristeza de este mundo. También tallaba, en panes de jabón blanco, chinos de mirada furtiva, negras en cuyas orejas ponía arandelitas doradas y agonizantes Cristos a los que después pintaba con un mejunje de barniz, cola, aserrín bien fino, tinturas y no sé qué otros secretos ingredientes que iba añadiendo según la inspiración del momento y que no recordaba con exactitud para la próxima tanda de tallados, lo que provocaba interminables y ofuscados ensayos en pos de la recuperación de la fórmula perdida. Otras veces, en un arrebató de inspiración, cambiaba de lugar los muebles porque decía que era aburrido siempre lo mismo, pero más de una vez enloquecía porque andaba en su propia casa con el rumbo perdido o la extrañeza de quien no sabe dónde está cada cosa. En cuanto a actividades más prácticas y prosaicas: arreglaba veladores cuya perilla hacía cortocircuito, inventaba nuevas maneras de pulir metales, limpiar vidrios o quitar manchas de la ropa sin comprar productos específicos, quitaba el hollín que tapaba los quemadores del calefón porque con llamar una vez al gasista y ver cómo se hacía era suficiente, después ella se las arreglaba. Mi viejo detestaba los trabajos manuales y le decía que llamara gente para hacer esas cosas, que no fuera avara. Pero ella no lo hacía tanto por ahorro como por el gusto de arreglárselas sola. Las pocas veces en las que no tenía más remedio que aceptar ayuda externa, perseguía a los que contrataba, literalmente los perseguía “para *ver el cómo*”, decía ella, y aún para corregirlo o perfeccionarlo, como hizo con la técnica de colocar azulejos del pobre Piluso, sobrenombre del sufrido albañil con el que sostenía interminables discusiones y quien, (y esto no es broma), luego de unos meses de intenso trabajo en casa y de soportar el asedio de mamá Zulema, “*entregó el alma a Dios*”, como decía entre risas mi papá.

También ocurría que cada tanto a Mamá Zulema la asaltaban sus incontenibles fiebres de lectora de novelas, sobre todo francesas (había estudiado francés en “Lenguas Vivas”, en Buenos Aires, su ciudad natal, y

cuando le faltaban sólo dos materias para recibirse de profesora, se enamoró de mi viejo, tiró todo al diablo y se vino con él a vivir a este remoto pueblo del norte en el que en aquel entonces se cortaba la luz a las once de la noche). Sus preferidas eran “Moulin Rouge”, que contaba la vida de Toulouse Lautrec, y “Rebeca, Esa Mujer inolvidable” que leyó y releyó hasta el delirio.

Mientras estaba en estos menesteres creativos, prácticos o intelectuales, el arroz se le pasaba de punto o las costeletas le quedaban una suela.

Cuando nos cansamos de protestar, se volvieron un clásico las cargadas a la hora del almuerzo: nos las ingeniábamos para referirnos a la comida con metáforas muy lugar común con las que mortificarla. Ella las escuchaba como quien oye llover, con la cabeza puesta en la canilla del lavadero que goteaba o en las múltiples posibilidades decorativas de las semillas de bolitas de paraíso a las que primero transformó en cuentas de collares para luego fabricar cintos o entremezclarlas, como adorno, con la lana de sus tejidos. Pulóveres como éstos no veríamos iguales en ninguna parte y eran el comentario envidioso de las vecinas, quienes mal disimulaban el estupor que les causaba esa venida de no se sabe dónde, que usaba el pelo corto como un hombre, fumaba como una cabaretera, cantaba a veces en un idioma de putas que nadie entendía y vivía haciendo toda clase de cosas raras aunque, como en el caso de los pulóveres, a veces dignas de la envidia ya mencionada que, para más detalles, era de la verde... Obligadas, la felicitaban por la imaginación o le preguntaban de qué revista había sacado la idea.

- *El humildismo es una de las formas de la hipocresía* -nos contestaba mamá Zulema cuando le criticábamos su falta de modestia cuando alguien le elogiaba las creaciones... Tenía una forma muy especial, oronda, infladísima, de decir: “*lo hice yo*”, cuando alguien comentaba, por ejemplo, lo bueno que estaba ese sillón nuevo bajo la lámpara, espectacular para echarse a leer. “*Lo hice yo*” -y agregaba- “*con madera vieja y casi sin herramientas*”. Y era cierto. Por eso cuando papá le regaló una morsa se puso tan feliz como cualquier mujer se pondría con un perfume francés o una caja de bombones.

Los días en que el antihumildismo le pegaba fuerte decía “*todo lo que hago, si quiero, lo hago bien*”. Pero mamá Zulema cocinaba horrible y que nacimos con una costeleta debajo del brazo fue la metáfora más perversa y cierta entre todas las acopiadas hasta entonces. Después comprendí que el hecho de que no contestara una palabra y se sonriera apenas, eran señales de que

había acusado el golpe. Y sí... Esto fue un lunes. El martes, cuando volví de la escuela, desde la vereda sentí el perfume de hierbas y jerez: se expandía suave pero contundente, hablaba un lenguaje de perejil y salvia, de cebollitas de verdeo picadas finísimas, de caldo espesado a fuego lento con paciencia de vieja bruja. ¿Ese olor venía de mi casa? En la cocina, Madre Zulema revolvía continuamente la salsa en la que se terminaba de cocinar un pollo grande pero de buena familia, como decía en la receta que espí luego porque ella no se molestó en ocultarla.

Comimos en una fiesta mezcla de elogios y de zumbonas cargadas sobre si lloverían “zurullos de punta” o qué. Ella se mantuvo al margen: orgullosa y digna. Raro que no dijera ni una sola vez “¡lo hice yo”!

Al pollo con caldo de jerez, hierbas y crema del martes, le siguieron el roast beef con papines, untado en una gloria de aceite de oliva, tomillo, romero y orégano, del miércoles; los bifecitos doblados del jueves, que ella llamó “saltimbocca” y que guardaban, como un tesoro, una hojita de salvia y un lámina de jamón crudo adentro... y así, día tras día, durante esa semana orgiástica en la que los comentarios risueños fueron cediendo lugar a un callado respeto.

Mamá Zulema también permanecía callada. Ningún comentario sobre sus proezas culinarias. Su rostro iba ganando aires de bruja sabia: las facciones denotaban una aquiescencia de sibila y su sonrisa enigmática parecía sobrevolar nuestra incomodidad creciente, una incomodidad difícil de explicar que emergía quién sabe de qué oscuras culpas.

La apoteosis fue el domingo: mamá Zulema se esmeró, inclusive, en el arreglo de la mesa: puso un mantel blanco y azul con dibujos de calas parecidas a las de los cuadros de Diego Rivera, desempolvó la vajilla de ocasión, hizo un centro de mesa con sencillas margaritas que, en su ingenuo blanco y amarillo, no desentonaron con las calas del mantel, y descorchó un buen vino blanco porque era lo apropiado para acompañar el pescado que había preparado: una delicia de fuerte sabor marino suavizado con equilibrio por la crema espolvoreada con perejil del que dejó entera, a propósito, alguna que otra ramita para adornar delicadamente.

Mamá Zulema, a la derecha de mi papá, que ocupaba la cabecera, tenía la suficiencia callada de una reina auténtica, tanto, que él parecía chiquito a su

lado enfrascado como estaba en saborear el manjar cuidadosamente elaborado por esa mujer indescifrable que fue nuestra madre, mamá Zulema, que esperó a que todos termináramos de disfrutar el postre helado de limón con hojitas de menta, para decirnos, solemne, con una sonrisa ahora ancha, satisfecha:

- Ya les demostré que cuando quiero, todo lo hago bien...de ahora en adelante, pueden irse muy despacito a la mierda.

El lunes retornamos a la rutina de las costeletas.
